



ELÓGIO PANEGÍRICO

DE NUESTRA SEÑORA

DE LA MERCED.

Sanctimonia, et magnificentia in sanctificatione ejus. Ps. 95.

La santidad y la magnificencia brillan en su santuario.

SEÑORES:

Con estas pomposas expresiones celebra el Espíritu Santo, por boca de David, la grandeza y magnificencia del templo de Jerusalén. Salomon tuvo la gloria de executar los piadosos designios de su padre en la construccion de este templo;

admiracion del universo, honor del pueblo de Dios, y consuelo de los verdaderos israelitas. Aqui con la magnificencia brillaba la santidad; la magestad que residia en él como en propiciatorio, no solo infundia respeto á los levitas, sino á las naciones incircuncisas, admirando todos su santidad y su esplendor: *sanctimonia, et magnificentia in sanctificatione ejus.*

¿ Con qué palabras pues mas á propósito podria yo ensayar el elógio de nuestra Señora de las Mercedes? La santidad y la magnificencia que sirvieron de cuna á su venerable órden la han acreditado en todo tiempo á honra y gloria de Dios y beneficio de sus próximos. La Madre de misericordia, que desde la alteza de su gloria se dignó arrojar una mirada favorable sobre los miserables cautivos que gemian entre cadenas, formó el gran proyecto de su libertad: personas

de eminente ciencia y piedad fueron elegidos por primicias de la redencion: reyes magníficos y caritativos ofrecen sus palacios y sus tesoros para construir los primeros hospicios, y una nobleza aguerrida de comun acuerdo con los zelosos religiosos dan feliz principio á la grande y magnífica obra de la redencion. Hé aqui un breve análisis del elógio que pretendo en esta hora consagrar á María santísima de la Merced, de redencion de cautivos.

Para proceder con algun órden considero dos cosas en esta grande y excelente obra, á saber; el proyecto y la execucion. La santidad mas sublime formó el proyecto, y la caridad mas magnífica lo ha executado: *sanctimonia, et magnificentia in sanctificatione ejus*. Para decirlo de una vez, la santidad presidió el establecimiento de este venerable órden de la Merced, y

la caridad lo ha sostenido. Santidad de parte de los que lo establecieron: primera reflexion. Caridad magnífica de parte de los que fomentaron y han sostenido el establecimiento: segunda reflexion. La materia es interesante, digna de esta cátedra de la verdad, de vuestra atencion y de mis débiles conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel del Señor. *AVE MARIA.*

Sanctimonia &c.

Por poco que reflexemos sobre la historia civil y eclesiástica de los diez últimos siglos, hallamos famosos y benéficos establecimientos, que acreditan, ya el patriotismo de los poderosos á favor de la humanidad, ya la piedad y zelo de ciertas almas grandes á favor de la religion. Los primeros son dignos de

elógió y honor de la monarquía; los segundos son acreedores á nuestra veneracion, y son el consuelo de la Iglesia. Mas sin perjudicar á unos ni á otros en la gloria que merecen por su amor á la patria y á la virtud, veo el sagrado órden de la Merced elevado al grado mas sublime de caridad y de piedad religiosa. Veo en él resplandecer la mas alta santidad en su institucion, en sus primeros fundadores y en sus motivos. Reflexemos.

Fue la Madre de Dios la que formó este gran proyecto de caridad: fueron hombres eminentes en santidad, á quienes se confió su execucion; y son los miembros de Jesucristo que gimen entre cadenas el objeto de esta excelente caridad. ¿No es esto haber la santidad presidido el establecimiento de la sagrada órden de la Merced? *Sanctimonia in sanctificatione ejus.* ¡Dichoso órden! tú fuiste formado originalmente en el

cielo, donde todo es perfecto y la caridad se consume. La Madre de misericordia, desde el seno de gloria y de potestad que la rodea, arroja una mirada favorable sobre los miserables cautivos, que gimen entre cadenas baxo la dominacion tiránica del moro y del sarraceno. Los males que sufren estos desgraciados cristianos, y el peligro de renegar á que se hallan expuestos, la mueven á compasion, y medita un establecimiento destinado particularmente á negociar su libertad. Este plan de heróica caridad se traza á los pies del trono de Jesucristo, que derramó su sangre por libertar al hombre de los fierros en que lo tenia Satanás; y la execucion de tan singular proyecto se confió inmediatamente á hombres de misericordia. Pero sus primeros fundamentos se zanjaron en el cielo baxo la tutela de María, Madre del verdadero Dios. Orígen singular que

distingue de los demas á su venerable orden.

Yo, señores, miraré siempre con veneracion y respeto á los Basilios, Benitos, Bernardos, Domingos, Franciscos, Brunos, estos héroes célebres en los anales de la Iglesia, ángeles del desierto, que supieron representar á los ojos del mundo las maravillas obradas por los anacoretas del Egipto y la Tebaida. Pero cuando considero á la Madre de Dios, la veo elevarse sobre toda pura criatura, y que siendo superior á los mismos ángeles como Reyna, no puede jamas compararse con estos santos fundadores. Hé aqui la singular prerogativa del orden de la Merced. Su origen fue en el cielo, y la Madre de Dios su fundadora, y hé aqui lo que ha siempre animado á sus dignos hijos para emprender las redenciones mas dificiles y mas peligrosas. Ellos saben, dice un

sabio, que marchan baxo las órdenes de la santa Virgen, que executan el gran proyecto de caridad que ha formado en ella el cielo, y que comunicó á hombres eminentes en santidad y en piedad cristiana. La devocion á María y el zelo por la redencion de cautivos anunciarán en todo tiempo la grandeza de este sagrado orden en la Iglesia.

Yo bien sé, señores, la exáctitud y delicadeza con que debe anunciarse una revelacion para no proponer á los fieles fábulas ni ficciones. Yo bien sé, que los milagros para ser creidos exígen testimonios auténticos, y detesto en esta hora todo culto supersticioso que el error ó la mentira han inventado. Pero la maravilla de que os hablo está apoyada en historias fieles, confirmada por hombres santos y contemporáneos, y sobre todo anunciada y autorizada por la Igle-

sia, á quien corresponde arreglar el verdadero culto de los fieles. Y si me preguntais en qué consiste que los hereges y libertinos se hayan declarado con tanto furor contra estos auténticos testimonios, os diré que todos los que miran con desprecio á la Iglesia y á sus santos, menosprecian asimismo el culto de la Madre de Dios, y se burlan de sus apariciones y milagros. Corramos un espeso velo á los escritos de Lutero, Calvino y sus prosélitos, y cerremos el oído á sus blasfemias. Las de Nestorio y de Juliano no fueron tan exécrables. Yo sé el caso que harian de la maravilla que os predico. Ellos son ciegos voluntarios y guias de otros ciegos; tengámosles compasion á sus secuaces. ¿Y son estos, por ventura, los únicos enemigos de este culto y de su maravilloso origen? ¡Ah! yo me escandalizo y me estremezco al ver que en el seno mismo de

la Iglesia haya tantos críticos mordaces y censores morosos de la devocion de María. Yo quisiera me dexeran estos bellos espíritus en qué consiste que en las disputas literarias, para averiguar una época ó exponer un sistema se citen, segun las leyes de la crítica, los testimonios de autores contemporáneos como pruebas decisivas, y que al mismo tiempo se hable con tanto menosprecio de la Iglesia, que declara auténticas ciertas maravillas, y que se ridiculicen los testimonios de santos é ilustres personajes, que no solo fueron contemporáneos de los sucesos, sino sus primeros depositarios. ¿Dónde está la lógica, dónde la crítica, dónde la buena fe? Yo no dudo sospechar que esta inconsecuencia procede de que la religion y la piedad les incomoda, y solo les agradan las máximas del mundo.

Mas pongamos á estos monstruos de incredulidad testigos ve-

nerables, que fueron los primeros depositarios del gran proyecto de María para redencion de cautivos. Estos favores singulares de la Madre de Dios son una prueba auténtica de la alta santidad y generosa piedad de unos héroes á quienes confiaba el establecimiento del orden de la Merced. En el siglo xix suscitó el Señor á S. Pedro Nolasco, este taumaturgo de los últimos siglos, á quien la Virgen Madre honró varias veces con su presencia. Este varon de insigne santidad fue el que eligió la Madre de misericordia para que adornase la cuna de su cautiva redencion. ¡Qué rasgos de magnificencia se presentan aqui á mi imaginacion! ¡Qué grandes, qué admirables héroes elige el Señor para sus adorables designios! Pedro Nolasco por su caridad, su zelo, su fe, su santidad y sus milagros, era tenido por el oráculo de su siglo. Su piedad es-

taba acompañada con un gran talento, destreza y habilidad para los negocios mas importantes; capaz por consiguiente de servir á Dios y al César, y de santificarse no solo en el retiro, sino en medio del bullicio y negocios de la corte. Por este medio, sin dexar de ser un modelo de santidad en el cláustro, vino á ser de suma utilidad al rey de Aragon, que le confió los negocios mas delicados. Este varon singular sabia manejar con prudencia los intereses de sus príncipes y la importante comision de la Madre de Dios.

¿Pero qué digo? si aun antes de la aparicion de la Virgen habia ya libertado de cadenas, dice un historiador de su vida, á mas de tres mil cristianos, y se habia voluntariamente ofrecido á quedar entre cadenas por la libertad de sus hermanos en Jesucristo. ¡Qué zelo el de Nolasco por la Iglesia! ¡Qué

firmeza en sostener la religion! Cuando apareció la heregía de los albigenses se le vió mostrar la constancia de los Atanasios, Ambrosios y Crisóstomos contra aquel torrente de iniquidad. ¿Qué mas? Aun cargado de fierros por la libertad de los cristianos cautivos, no cesaba de predicar á los bárbaros el evangelio de Jesucristo, logrando ver convertidos á muchos de ellos, postrados á sus pies, bañados de lágrimas, avergonzados de los delirios de su secta, y suspirando por el bautismo. ¿Qué consuelo para este varon apostólico ver los copiosos frutos que el Señor se habia dignado sacar de su ministerio en la cautividad!

Á este singular héroe de la caridad elige la Madre de misericordia para que presida el glorioso establecimiento del orden de la Merced para redencion de cautivos; y para que le sirviesen de auxiliares

en tan grande empresa, se dignó la Señora revelar el proyecto al mismo tiempo á Raymundo de Peñafort, confesor de Nolasco, y á Jacobo I de Aragon, ilustres ambos, el primero por su erudicion y santidad, y el segundo por su piedad y zelo por el esplendor de la Iglesia. A estos dos santos, que veneramos sobre los altares, y á aquel gran rey, que será siempre memorable en los anales de España, se dignó aparecer la Virgen, para que tan grandes personajes dieran testimonio auténtico de esta maravilla, cuyas deposiciones irrefragables, sujetas al juicio de la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, la hiciesen revestir de la autoridad y autenticidad necesaria, para no ser mirada como una fábula inventada á placer. ¿Qué excepcion en efecto podrán poner los críticos morosos al testimonio de estos tres ilustres personajes? Y si su dicho uni-

forme es recusable, ¿qué hecho histórico sagrado ni profano quedará á cubierto de la crítica?

Jesucristo, dice S. Leon, conduxo á tres de sus discípulos sobre el Tabór. Allí dexó el Señor se manifestasen algunos rayos de su divinidad. Expuso á sus ojos el rápido espectáculo de una gloria que los deslumbra y encanta, á fin de que el testimonio de estos tres apóstoles publicase auténticamente su grandeza; y aunque les prohibió referir esta vision antes de su muerte, les permitió anunciarla despues de su resurreccion. Y para confirmar su testimonio, y ponerlo á cubierto de censores morosos, se dignó revelar en otra parte que el testimonio de dos ó tres personas respetables era suficiente para acreditar la verdad: *in ore duorum, vel trium testium stat omne verbum*. Y hé aqui la sabiduría y prudencia con que la Madre de Dios quiso

se publicase auténticamente el establecimiento de la órden de la Merced, revelando á un mismo tiempo á dos grandes santos y á un rey piadoso, seria muy acepto á sus ojos y á los de su santísimo Hijo la institución de la redencion de cautivos.

No penseis ignoro aquel célebre oráculo de la escritura, de no creer á todo espíritu: *omni spiritui nolite credere*. Yo sé que en las devociones populares se han introducido á veces grandes abusos y prácticas contrarias á la pureza del culto. Pero me consta al mismo tiempo la atencion de los obispos en proponer únicamente á los fieles hechos auténticos y objetos de edificacion. Todo lo que no manifiesta el augusto carácter de la verdad, dice un sabio prelado, todo lo que no dimana de las fuentes puras de la antigüedad; todo lo que no está autorizado por la Iglesia ó por el supremo pontífice

fice, es desechado y reprobado por los pastores. Mas cuando veo las maravillas del establecimiento del sagrado órden de la Merced recibidas en toda la Iglesia; cuando veo á los obispos que las oyen publicar con placer, y que honran á los ministros que las anuncian á los pueblos; cuando veo en fin á este órden que empieza desde su cuna á florecer baxo la proteccion del sumo pontífice, y atiendo el objeto á que se dirige, que es la libertad de los miembros de Jesucristo, gimiendo entre cadenas en poder de los bárbaros, no puedo dexar de conocer y publicar que todo es justo y santo en este establecimiento.

¡ Ah! ¿quién no se moverá á compasion al considerar las aflicciones y trabajos de sus hermanos baxo la dominacion de los infieles? La pena de carecer de su patria, de no ver á sus padres, mugeres, hijos y amigos, junto con la de sus malos

PANEGÍRICOS Y MORALES. 191
tratamientos, y estar privados por mucho tiempo de los consuelos de la religion, por no hallar regularmente ministros para el desahogo y tranquilidad de sus conciencias, ¿no son estos otros tantos motivos para considerarlos lamentándose como los judíos cautivos en Babilonia, y llorando amargamente sobre las márgenes de los rios, al acordarse de Sion y de su amada Jerusalén? El que tenga espíritu de caridad ¿dixará de commoverse á imitacion de Jeremías, al ver las aflicciones de sus hermanos? Nuestra caridad que debe extenderse mas allá del sepulcro ¿no deberá penetrar en los reinos bárbaros para alivio de los que gimen baxo duras cadenas? ¿Qué motivos mas poderosos para mover nuestros corazones á caridad y nuestras manos á liberalidades? Ellos tocaron y conmovieron el del Maríá en el solio de su grandeza; y sus entrañas de misericordia comisio-

naron este gran proyecto de caridad á varones santos y monarcas piadosos á favor de los cautivos.

Yo no los miro á todos como santos é inculpables; pero sí baxo la augusta cualidad y glorioso título de cristianos. Presento á los ojos de vuestra mente una multitud de infelices apartados de su patria y familia, cargados de fierro, aplicados á los mas duros trabajos, alimentados por la mayor parte con el pan de lágrimas, y expuestos á renegar de Jesucristo abjurando la religion de sus padres, ya sea por la persuasion del interes, ya por la violencia que á veces se les hace. ¡Qué motivos tan poderosos para excitar la caridad! ¿Y no fueron principalmente estos los que movieron á la Madre de misericordia para idear el religioso establecimiento de la redencion de cautivos, y para comisionar su organizacion y execucion á varones insignes en san-

tidad y en magnificencia? *Sanctimonia, et magnificentia in sanctificatione ejus.* Mas esta segunda cualidad corresponde á la segunda parte de este elógio, en que paso á manifestaros, que Dios se ha dignado suscitar en el santuario, sobre los tronos y en todos los estados, hombres zelosos para sostener y perpetuar la redencion de los cautivos cristianos, con espíritu de magnificencia: *et magnificentia in sanctificatione ejus.*

II. ¡Qué multitud de héroes de caridad nos presenta la historia en el orden de la Merced, qué respetables, qué magníficos! Los religiosos que la componen exponen su vida por la redencion de los cautivos; los reyes ofrecen sus palacios y sus tesoros; la grandeza manifiesta sus liberalidades; los pueblos aumentan con generosidad los fondos de tan piadoso establecimiento. Enxugad vuestras lágrimas ¡cautivos afligidos!

porque ya se trata de vuestra redencion y está próxima vuestra libertad, por medio de un establecimiento, que á la eminente santidad de su origen añade la magnificencia de su caridad: *et magnificentia in sanctificatione ejus*. Alabemos, señores, con el Espíritu Santo á estos hombres misericordiosos, que en el orden de la Merced se han adquirido tanta gloria: *laudemus viros gloriosos*. Admiraremos la eminencia de su santidad, sus talentos, las grandes dignidades á que han sido elevados, su prudencia y destreza en el manejo de negocios; y sobre todo su zelo por la libertad de los cautivos. ¡Ah! ¿qué alabanzas no merecen unos hombres que han sabido ganar la confianza de los príncipes bárbaros y de los reyes mas inhumanos? Ellos han vuelto de estos climas feroces cubiertos de reputacion y de gloria. El feliz suceso de sus negociaciones los ha recompensado del penoso trabajo de sus

viages. El esposo restituído á la esposa, el hijo al padre, el ciudadano á su patria, han sido otros tantos laureles con que han sido coronados, y que les han adquirido las bendiciones de los pueblos. Hombres santos y dignos de toda alabanza; pues si recorremos los fastos de la Iglesia, veremos sus hechos heróicos, su ardiente caridad y el culto público con que debemos honrar á estos primeros redentores, colocados sobre nuestros altares. La Iglesia, que no puede ser engañada ni engañarnos, despues de habérnoslos propuesto como héroes de imitacion sobre la tierra, nos los presenta en el dia como santos que reinan en la eternidad. ¿Qué mas elevada santidad, qué caridad mas heróica, que la de exponer su propia vida por la libertad de sus hermanos cautivos?

¿Qué no podria decirnos de los talentos y erudicion de estos primeros gefes de la Merced? Aquí veriais

resplandecer la caridad de unos sobre diferentes teatros del oriente, dulcificando por sola su presencia la ferocidad de los principes mas crueles, quebrar las cadenas de una infinidad de esclavos; mientras otros ocupados en regentar las cátedras de las universidades mas famosas, sostenian con esplendor la religion de sus mayores. Allí veriais varones famosos elevados por la Iglesia á las primeras dignidades por su ingenio y ardiente caridad; pues como el supremo pastor veia hombres que exponian su vida por la libertad de los cristianos, no dudaba la expondrian por la salud de las almas que se les confiaban. Con este motivo vemos á muchos religiosos de este sagrado orden colocados por la Iglesia en las primeras sillas episcopales del oriente, y aun elevados á la dignidad cardenalicia, para honrar con la púrpura romana sus virtudes y talentos.

No me detengo á elogiar la destreza con que manejaron los asuntos gravísimos que les confiaron los reyes de Aragon y aun los de Francia, á cuyas cortes no los conduxo la ambición, sino el deseo de lo justo y el bien de sus hermanos. ¡Quién pudiera hablaros con extension de su ardiente zelo por la libertad de los cautivos! Veriais á estos primeros redentores entrar intrepidos en Argél, en Trípoli, en Marruecos y en Tunez, cuyos reyes ó dinastas no eran menos crueles é inhumanos que los emperadores que persiguieron la Iglesia por espacio de tres siglos; y observariais, que si la cuna de la Iglesia fue rociada con la sangre de muchos mártires, tambien lo fue la de la Merced con la de sus primeros redentores. Hé aqui unos héroes de caridad, que la Iglesia ofrece á nuestra veneracion, bien diferentes de los fariseos, que contentos con observar ciertas prácticas exteriores

de la religion, solicitaban una vida cómoda é indulgente para sí mismos y severa para los demas, satisfechos con desacreditar las acciones del próximo, queriendo canonizar sus delitos á la sombra de su hipocresía. Pero estos obreros que pusieron en execucion el proyecto de la redencion, abandonaron su patria, renunciaron las dulzuras de su familia, emprendieron penosos viages por mar y por tierra, y expusieron sus vidas muchas veces á impulsos de su caridad y de su ardiente zelo por la libertad de los cautivos cristianos que gemian entre cadenas, deseando como S. Pablo ser anatema por sus hermanos. Varones verdaderamente apostólicos, que con su exemplo encendian la caridad de los pueblos, excitaban la misericordia de los príncipes y de los poderosos, haciéndoles mostrar su magnificencia en la caritativa obra de la redencion: *et magnificentia in sanctificatione ejus.*

Ni penseis, señores, que haya desaparecido este ardiente zelo con la muerte de los ilustres héroes que acabo de elogiar. Yo lo veo continuado en estos varones de misericordia, que aún viven en nuestros dias (1). Ellos siguen las sendas de sus mayores con igual generosidad. ¿No los hemos visto muchas veces dexar su santo retiro, separarse de sus hermanos y de sus amigos, é in-

(1) Cuando escribia esto, tuve el gozo singular de saber por los papeles públicos, que de resultas de la gran victoria conseguida sobre Argél por el lord Exmouth, almirante de la escuadra británica, no solo entregó el dey sin rescate alguno todos los cautivos cristianos, sino que estipuló quedar abolida para siempre en sus dominios la esclavitud, y que á su exemplo habian accedido al mismo concierto el bey de Tunez y el baxá de Trípoli; los cuales, complaciendo al príncipe regente de la gran Bretaña, entregaron sin rescate ni

terrumpir sus estudios, para ir á desatar las prisiones de los cautivos? ¿No los hemos visto volver llenos de alegría, seguidos de sus caritativas conquistas? ¿Cómo podremos dexar de admirar y elogiar su zelo por sostener el órden de la Merced, y la magnificencia de los reyes que lo protegen? Dios, en cuyas manos está el corazon de estas magestades de la tierra, ha dispuesto que sirvan á

recompensa alguna cuantos cautivos cristianos se hallaban en sus estados; con lo cual quedaba completamente abolida la esclavitud en los países berberiscos. ¡Gracias inmortales al Dios de los exércitos, que se dignó mover el piadoso corazon de este augusto príncipe, para que emplease las fuerzas de su reino á favor de la humanidad! La Europa toda deberá manifestarle una general gratitud por haber borrado la afrentosa esclavitud, que con mengua del género humano subsistia en aquellos países bárbaros. Honor, felicidad y luz sempiterna con-

la execucion de sus designios. Á este fin les dió la espada de la autoridad suprema, para que reinen en su nombre, y le den cuenta estrecha del rebaño que les ha encomendado. Bien pudiera el Señor, usando de la omnipotencia con que sacó al mundo de la nada, haber hecho florecer el cristianismo desde su origen; pudiera haber trastornado todos los tronos de los reyes impíos y tiranos, como lo executó con los de Canaan en otro tiempo, y con los de los caldeos, medos, griegos y romanos en la sucesion de los siglos. Su mano no está abreviada, ni su brazo impedido, y su potencia es irresistible.

Mas su infinita sabiduria ha tenido por conveniente oponer de ordi-

ceda el Señor á este digno príncipe y á sus ilustres almirantes, para que lo conozcan, lo amen y lo referan todo á su mayor gloria, como obra de su brazo excelso. Amen.

nario hombres á hombres; es decir, hombres buenos á los malos, reyes religiosos y clementes á los impíos y crueles; sabios, humildes y dóciles, á los soberbios y temerarios. Recordamos, aunque con rapidéz, los fastos de la historia, y hallaremos que el Señor se sirve del gran Constantino para dar paz á su Iglesia, desolada y perseguida por espacio de tres siglos. En esta memorable época la vemos salir de la obscuridad, y extenderse por todo el mundo cubierta de esplendor y de gloria. Baxo este mismo plan de providencia aquel Dios grande, que con solo el ruido de las trompetas y la presencia del arca hizo venir á tierra los soberbios muros de Jericó, pudo sufocar en su cuna todas las heregías; pero tuvo por más conveniente suscitar en los oportunos tiempos á los Policarpus, Irenéos, Justinus, Epifanios, Crisóstomos, Ambrosios y Augustinos, para omitir otros muchos

héroes de la religion, á quienes comunicó sus luces, para que pusiesen los dogmas de la Iglesia á cubierto de los errores de la impiedad, de la infidelidad y de la irreligion. Baxo el mismo plan, y á favor de los cautivos cristianos, vemos suscitados por el Padre de las misericordias al infante D. Pelayo, á los Alfonsos y Ramiros, al santo rey D. Fernando, á D. Jaime de Aragon, á S. Luis rey de Francia y á los Reyes católicos; todos los cuales, animados del espíritu de caridad, trabajaron incessantemente por la libertad de los infelices cautivos que gemian en la esclavitud. ¿Qué mas? ¿No observamos este mismo espíritu de misericordia en nuestros soberanos? Herederos de la caridad de sus augustos predecesores, ¿no los vemos prodigar sus tesoros para la redencion de los cautivos? ¿No vemos la alta proteccion que hallan al pie de su sólio todos los redentores de cautivos?

¿No vemos la magnificencia con que se trata de su libertad? ¿Pero qué mucho, si todo lo exige de justicia la santidad del establecimiento y la caridad cristiana? *Sanctimonia, et magnificentia in sanctificatione ejus.*

Vosotros pues, señores, los que tantas veces habeis oido el elogio de la santidad y magnificencia de un establecimiento, meditado en el cielo por la Madre de misericordia, y executado de su orden sobre la tierra por varones ilustres en santidad, en letras, en poder y liberalidad, cuyo objeto ha sido en todos tiempos la grande y mas perfecta obra de caridad, cual es la de aliviar y exponer la propia vida por librar de la cautividad á nuestros hermanos en Jesucristo, no olvideis, os ruego, que vosotros tambien, estando cautivos, habeis sido redimidos. Y si aquellos, á quienes vosotros habeis sacado de la esclavitud con el precio de vuestras limosnas, deben manifes-

taros la gratitud, para no incurrir en la fea nota de desagradecidos, no olvideis que vosotros habeis sido comprados y rescatados á costa de un gran precio: *empti enim estis pretio magno*; es decir, con el precio infinito de la sangre de Jesucristo, que fue la preciosa víctima con que fuisteis redimidos de la esclavitud de Satanás, que os tenia encadenados para una eternidad. ¿Cuál pues deberá ser vuestra gratitud y reconocimiento á esta inmensa caridad? Y si vosotros por un impulso de esta principal virtud, en que consiste el complemento de toda la ley, habeis concurrido con liberalidad y magnificencia á la libertad de vuestros hermanos, tened caridad de vosotros mismos, redimiendo con limosnas, ayunos, oraciones y penitencias vuestros pecados; porque de nada os servirá haber redimido al próximo, si os presentais en el dia de la ira ante el tribunal del justo é inexora-

ble juez esclavos de la culpa. Haced pues en tiempo frutos dignos de penitencia, para no caer culpables en las manos de Dios vivo.

¡ Augusta y soberana Madre! desde el solio de grandeza, de santidad y de magnificencia á que os elevó el Altísimo, preservándoos en vuestro origen de la esclavitud de la culpa, en que todos incurrimos por la inobediencia de nuestros primeros padres, llenándoos de dones y de gracias, y exáltándoos sobre todas las gerarquías de la corte celestial, como á Reina del cielo y de la tierra, dignaos arrojar una mirada favorable sobre estos miserables hijos de Adán. Pecamos, hemos cometido iniquidades, hemos errado las verdaderas sendas. ¿Mas cómo podremos volver á ellas si el conductor nos falta? ¿Cómo podremos salir de la esclavitud de la culpa si no nos alcanzais una gracia victoriosa y triunfante, que disipe las tinieblas de

nuestro entendimiento, y ablande la dureza de nuestro corazón? para que gratos al imponderable beneficio de nuestra redención, conozcamos á Jesucristo, lo adoremos y alabemos en vida, para gozarle por los siglos de los siglos. Amen. Dixe.

